

PSICOLOGÍA EVOLUTIVA 3. ADOLESCENCIA, MADUREZ Y SENECTUD

M. Carretero,
J. Palacios y
A. Marchesi (comps.)

ALIANZA EDITORIAL

Madrid, 1985

Este material se utiliza con fine
exclusivamente didácticos

CAPÍTULO 1. TEORÍAS DE LA ADOLESCENCIA*

MARIO CARRETERO

*Vinieras y te fueras dulcemente
de otro camino
a otro camino. Verte,
y ya otra vez no verte.
Pasas por un puente a otro puente.
Vicente Aleixandre*

1. Introducción

Probablemente no está de más comenzar este capítulo insistiendo en la distinción entre dos términos que suelen confundirse. Estos son pubertad y adolescencia. Si bien es difícil establecer una distinción muy clara entre estos dos conceptos, debido a los aspectos comunes que poseen, y que luego veremos, puede decirse que la mayoría de los autores actuales consideran la pubertad como una serie de cambios físicos en el organismo humano cuyo producto final es, básicamente, la completa maduración de los órganos sexuales y con ello la plena capacidad para reproducirse y relacionarse sexualmente. La aparición de la pubertad puede determinarse con relativa exactitud y concreción porque existen unos índices objetivos. En las chicas se trata de la aparición de la menstruación y en los chicos de la aparición del vello púbico y la capacidad de eyaculación. Por otro lado, es bien sabido que estos cambios van acompañados de otras numerosas transformaciones físicas que veremos posteriormente. La adolescencia, por su parte, consiste más bien en la etapa del desarrollo del ser humano que sigue a la pubertad y en la que se producen toda una serie de cambios físicos y psicológicos. Por tanto, la pubertad, que se acerca más a un hecho que a un proceso, vendría a constituir el límite inferior de la adolescencia. Obviamente, el límite superior es más difícil de concretar con exactitud, pero puede situarse alrededor de los 17-18 años, cuando el desarrollo físico se ha completado casi en su totalidad¹.

Ahora bien, ¿en qué se diferencia exactamente un niño de un adolescente? En las páginas que siguen vamos a presentar sumariamente algunos de los cambios físicos que se producen en la adolescencia. Como se verá, son bastante considerables y parecen razón más que suficiente para que los psicólogos desde hace bastante tiempo se hayan preguntado qué implicaciones comportamentales suponían esos cambios físicos. Por tanto, veremos también algunas de las teorías psicológicas sobre la adolescencia que han tenido una mayor importancia en las últimas décadas. Por último, intentaremos establecer algunas relaciones entre los aspectos cognitivos y afectivo-sociales del desarrollo del adolescente que se pueden encontrar en los capítulos que siguen.

2. El desarrollo físico en la pubertad y adolescencia

Cualquier persona que tenga un cierto conocimiento o relación con los niños y adolescentes puede observar fácilmente que a partir de los 10-11 años se produce un crecimiento rápido que afecta a distintas partes del cuerpo y que llega a cambiar, en poco tiempo, el aspecto del individuo. Así, ya en el siglo XVII De Montbeillard (citado por Tanner, 1962), al presentar los datos sobre el crecimiento de su hijo desde el nacimiento hasta los 18 años, observaba este fenómeno obteniendo una gráfica similar a la de la figura 1. En términos generales, puede decirse que los estudios actuales, realizados con amplias muestras de sujetos y en las condiciones sociales más diversas, han confirmado la pauta general de crecimiento hallada por De Montbeillard. Es decir, como puede verse en la figura 1, entre los 11 y los 16 años, aproximadamente, los individuos crecen en mayor medida que en años anteriores y posteriores exceptuando la primera infancia. Es lo que se ha solido

* Es muy difícil expresar con palabras la ayuda prestada por Ana Pérez Figueras en la elaboración de este capítulo y, en general, en la preparación de este volumen. A veces es mejor dejara hablar al silencio. Por otro lado, y en lo que se refiere específicamente al contenido, Paloma Fernández me ha aportado valiosas sugerencias. María Rodríguez, Lola del Rey y Javier Recio han sido eficacísimos colaboradores en las tareas mecanográficas y de corrección.

¹ No obstante, suele reconocerse que los cambios físicos que se producen durante la adolescencia comienzan antes de que llegue la pubertad (Chumlea, 1982).

llamar el “estirón” de la adolescencia. En esta ocasión no pretendemos en absoluto tratar este tema con cierto detalle, sino, simplemente, dar noticia de algunos de los cambios físicos más importantes que se producen en la adolescencia. Los lectores interesados en el tema pueden consultar los conocidos trabajos de Tanner (1961, 1962, 1970 y 1978), así como algunos más recientes (Eichom, 1980 y Chumlea, 1982).

La figura 1 nos presenta los datos correspondientes a la estatura de los adolescentes. Ahora bien, ¿qué ocurre con otras partes de su cuerpo? ¿se produce un crecimiento igualmente rápido y notorio? En la figura 2 puede observarse una panorámica general del desarrollo físico. En ella puede verse que a partir de los 12 años, aproximadamente, se produce un aumento rápido y considerable en los aspectos general y reproductivo mientras que el cerebro se encuentra ya prácticamente en su estado adulto. Este aumento del crecimiento general se debe, lógicamente, a un gran desarrollo del esqueleto, de los músculos y de los órganos respiratorios, que producen una amplia y rápida mejora en la capacidad atlética de los adolescentes, sobre todo en el caso de los muchachos. Así, el peso global del cuerpo, exceptuando el componente adiposo, experimenta un crecimiento similar al de la estatura, en el caso de los chicos, y algo menos en el caso de las chicas. Esta diferencia se mantiene en algunos otros aspectos del desarrollo. Así, por ejemplo, en lo que se refiere al desarrollo motor, y más concretamente a la fuerza muscular, en la figura 3 puede verse la evolución de la fuerza de la mano. La leve diferencia entre sexos que se da en la infancia se hace mucho más intensa a partir de los 12 años. Lo mismo puede decirse de otros aspectos relacionados con el desarrollo motor (Chumlea, 1982). La mayoría de los principales músculos del cuerpo, así como los brazos y las piernas, también sufren un crecimiento muy rápido en estos años.

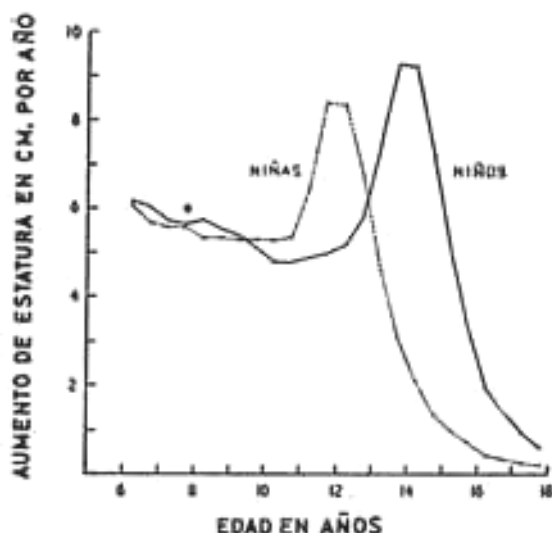


FIG. 1. –Curva del aumento de la estatura (tomado de Tanner, 1962)

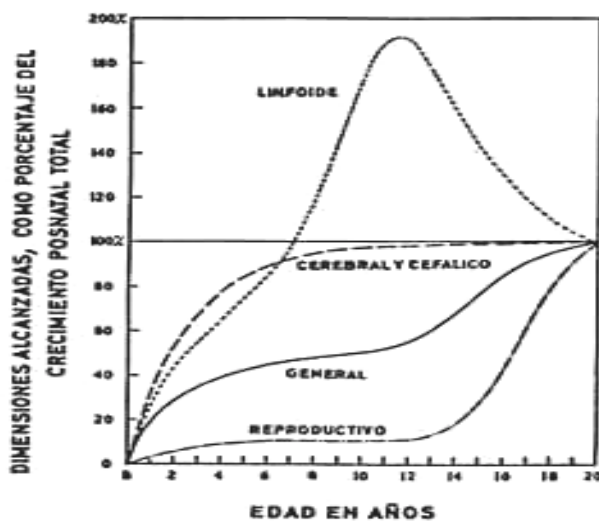


FIG. 2.-Curvas de crecimiento de diferentes partes y tejidos del cuerpo, mostrando los cuatro tipos principales.

Tipo linfoide: timo, nódulos linfáticos, masas linfáticas intestinales.

Tipo cerebral y cefálico: cerebro y sus partes, duramadre, médula espinal, aparato óptico, dimensiones cefálicas.

Tipo general: Cuerpo en conjunto, dimensiones externas (excepto la cabeza), órganos respiratorios y digestivos, riñones, árboles aórtico y pulmonar, musculatura, volumen sanguíneo.

Tipo reproductivo: Testículos, ovarios, epidídimos, próstata, vesículas seminales, trompas de Falopio.

(Tomado de Tanner, 1962).

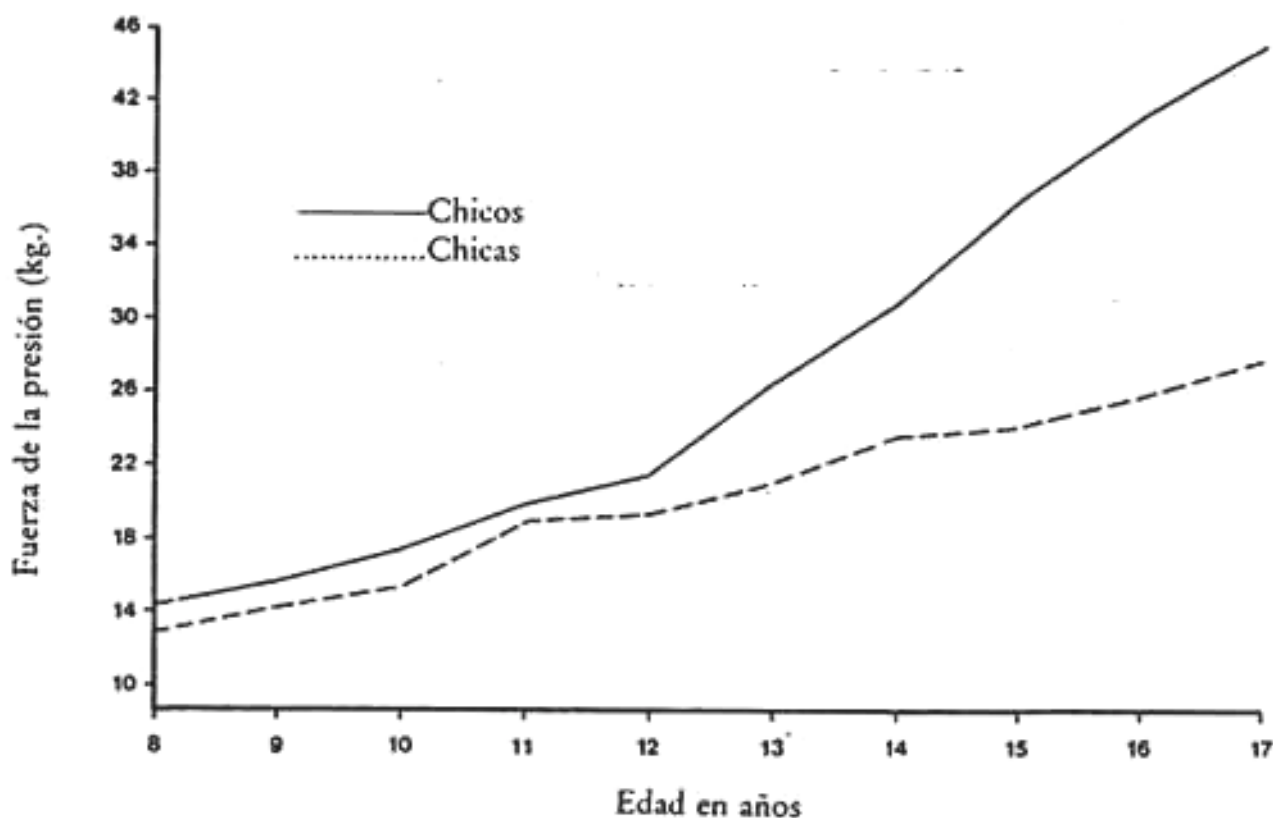


FIG. 3.-Cambios en la fuerza media de la mano (presión) en chicos y chicas. (Adaptado de Montpetit et al., 1967.)

En lo que se refiere a las diferencias sexuales, es preciso destacar que el llamado “estirón” comienza uno o dos años antes en las chicas que en los chicos, si bien en las primeras el crecimiento rápido se detendrá antes, alrededor de los 14-15 años, mientras que en los chicos continuará hasta los 16-17 años. En cualquier caso, es importante insistir en que las edades que se ofrecen son siempre aproximadas, ya que existe una amplia variabilidad individual que puede llegar a producir intensas diferencias, incluso de uno o dos años, en cuanto al comienzo del “estirón”. Por otro lado, no conviene olvidar que el cambio durante la adolescencia no sólo tiene que ver con el tamaño del cuerpo, sino con su forma. Así, los muchachos suelen ir adquiriendo una figura con hombros anchos y cuello musculoso, mientras que las muchachas van teniendo las caderas más anchas, todo lo cual no aparece antes de la pubertad. Por otro lado, mientras que el tejido adiposo aumenta notablemente en las chicas a partir de los 15-16 años, en los chicos ocurre lo contrario, es decir desciende rápida y notablemente a partir de los 14-15 años (Chumlea, 1982).

Como dijimos al comienzo de este capítulo, la pubertad se caracteriza por la consecución de la plena capacidad para la reproducción sexual. Esto supone una serie de cambios de enorme importancia para el sujeto en desarrollo que pueden verse resumidos en las figuras 4 y 5. Dichas figuras poseen la ventaja de que puede compararse el desarrollo de los órganos reproductores con el incremento de estatura que se ha representado en la figura 1. Como puede imaginarse, todas estas transformaciones pueden suponer para el sujeto una necesidad imperiosa de aceptar y asimilar su nueva imagen corporal, así como sus nuevas capacidades motoras y sexuales. Algunos autores han señalado las dificultades que tienen un buen número de adolescentes para integrar la imagen que tienen de sí mismos, y que se halla en esos momentos en proceso de cambio, con la que les gustaría tener en función de sus propias expectativas, así como de las normas y preferencias que impone el grupo o clase

social a la que pertenecen según una determinada estética (Schonfeld, 1969). Por ejemplo, Siegel (1982) ha resumido así el impacto que tienen sobre los adolescentes las transformaciones físicas a que se ven sometidos:

a) Se produce un aumento de la toma de conciencia y del interés por los aspectos relacionados con el propio cuerpo, favorecidos, probablemente, por el desarrollo cognitivo que tiene lugar en estas edades (véase el siguiente capítulo).

b) La mayoría de los adolescentes, al comienzo de esta etapa, se encuentran más interesados por su apariencia física que por cualquier otro aspecto de sí mismos.

c) Por regla general, las chicas muestran mayor insatisfacción por su aspecto físico que los chicos.

d) Existe una clara relación entre el atractivo físico y la aceptación social, y viceversa. Es decir, a los adolescentes con un buen grado de aceptación social sus compañeros les atribuyen una buena dosis de atractivo físico.

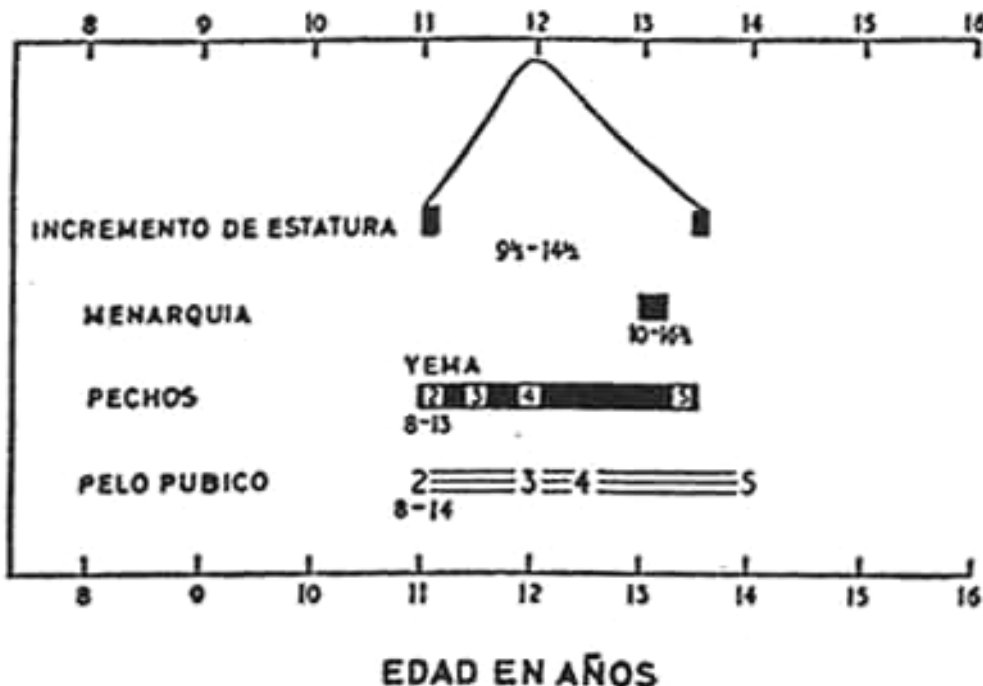


FIG.4. –Esquema de los cambios físicos en la adolescencia de las chicas. Las edades debajo de cada gráfica indican las edades límite en las que pueden darse esos acontecimientos (Tomado de Tanner, 1962)

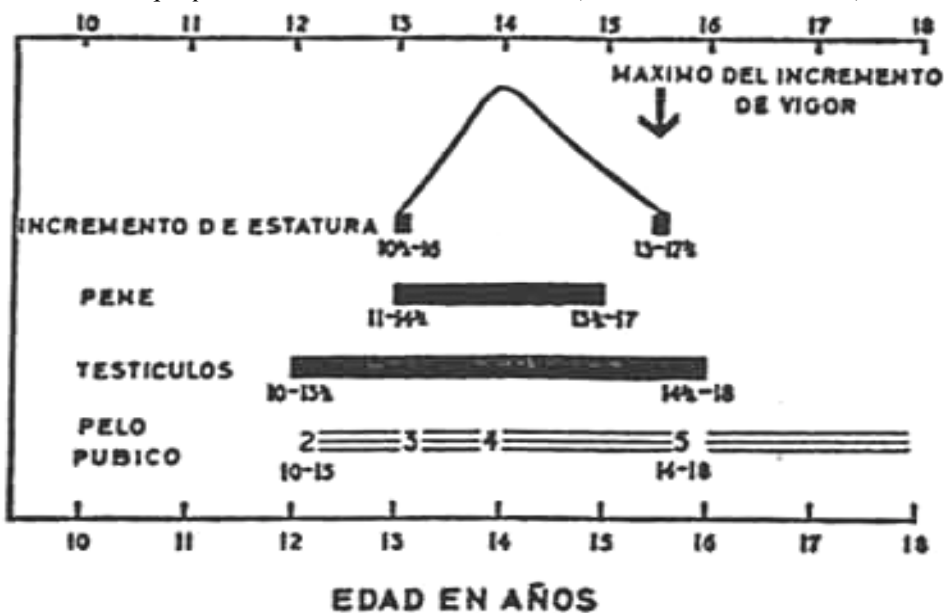


FIG.5. –Esquema de los cambios físicos en la adolescencia de los chicos. Las edades debajo de cada gráfica indican las edades límite en las que pueden darse esos acontecimientos (Tomado de Tanner, 1962).

Ahora bien, ¿a qué se deben todos los cambios físicos mencionados? ¿por qué factores, externos o internos, están producidos? En lo que se refiere a los mecanismos internos existe una relación enormemente coordinada entre distintas hormonas y el sistema nervioso central. De esta manera, al llegar la pubertad, los testículos, los ovarios y las glándulas suprarrenales vierten en la sangre una gran cantidad de hormonas que producen la aparición de las características sexuales secundarias cuyo desarrollo puede observarse en las figuras 4 y 5. A su vez, los citados productores de hormonas han necesitado ser estimulados por la hipófisis, la cual, a su vez, recibe una serie de estímulos químicos por parte del hipotálamo para comenzar este proceso. Si la cantidad de hormonas producida por los testículos y los ovarios es excesiva, los neuroreceptores lo detectan y el hipotálamo actúa inhibiendo el proceso mencionado. Por el contrario, si baja el nivel en sangre de esas hormonas, entonces el hipotálamo sigue dando órdenes a la hipófisis para que las hormonas sexuales se sigan produciendo.

Como es sabido, la iniciación de todo este mecanismo no depende exclusivamente de la edad cronológica, ya que la variabilidad interindividual es muy amplia incluso entre sujetos del mismo medio y condición social. Por tanto, parece haber una importante determinación genética que produce, precisamente, esa variabilidad, sin que por ello sea menos cierto que determinadas condiciones ambientales también ejercen una notable influencia. Así, es bien conocida la tendencia a la aceleración en la llegada a la pubertad (*secular trend*). Es decir, en las últimas generaciones de los países occidentales se ha podido comprobar un aumento general de su crecimiento, comparándolas con generaciones pasadas, así como una disminución de la edad en la que las chicas tienen su primera menstruación. Se estima que en los últimos cien años esta última se ha adelantado en dos años aproximadamente (Tanner, 1962). Como puede suponerse, estos cambios, que no están ocurriendo de la misma manera en los países subdesarrollados, se atribuyen a la mejora general en las condiciones de vida, especialmente en los ámbitos de la alimentación y la salud.

3. Las teorías sobre la adolescencia

Acabamos de ver cómo los cambios físicos que se producen en la adolescencia son tan notorios que parece razonable pensar que los psicólogos se hayan ocupado de ellos desde hace tiempo. Es bien sabido que nuestro siglo apenas había comenzado su andadura cuando Stanley Hall (1904), uno de los padres de nuestra disciplina y de la psicología norteamericana en general, publicó sus dos extensos volúmenes con un ambicioso título que da cuenta de su también ambicioso enfoque. A saber: *Adolescence. Its Psychology and its relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education* (véase el capítulo 1 del primer volumen de esta obra, especialmente el apartado I.B, sobre la contribución de Hall).

Ahora bien, si en nuestro ámbito suele decirse que la niñez como objeto sistemático de estudio es algo reciente que no cuenta con más de un siglo, lo mismo, o quizás con más razón, puede decirse de la adolescencia. Bakan (1971) señala que en el ámbito anglosajón la utilización del término adolescencia no aparece hasta el siglo XV. De hecho, las divisiones convencionales de la vida humana en las civilizaciones griega y romana no incluían un período específico para la adolescencia. Así, en la conocida obra de Ariès (1960), *L'enfance et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, puede verse que esta situación se prolongó hasta, al menos, el siglo XVIII. Probablemente fue Rousseau quien, en su célebre *Emile*, se refirió a la adolescencia como un período específico del desarrollo con una serie de características muy definidas. De hecho, Rousseau consideraba la adolescencia como un segundo nacimiento por cuanto significaba de conexión directa o antesala del estado adulto. A pesar de esta decisiva contribución de Rousseau, tanto la noción de adolescencia como los adolescentes mismos no recibieron una atención sistemática y de cierta importancia por parte de los investigadores hasta casi dos siglos más tarde, cuando Hall (1904) publicó la obra que hemos citado anteriormente.

¿A qué se puede deber esta tardanza por parte de los estudiosos del comportamiento humano? El lector podrá advertir que no basta con acudir a las dificultades de constitución de la propia ciencia psicológica, porque antes de ésta se produjeron una serie de aportaciones pioneras en la Psicología Evolutiva conocidas con el nombre de observaciones biográficas.

Obviamente, la diferencia entre los niños y los adolescentes estriba en que los primeros, sobre todo los de menos edad, resultaban bastante diferentes del modelo adulto, tanto en cuanto a su desarrollo físico como a su comportamiento en general. Dicho de otro modo, si bien a partir del siglo XVIII se toma conciencia de que el niño no es un adulto en miniatura, sino un ser con sus peculiaridades y necesidades propias, que no sólo es cuantitativa sino cualitativamente distinto al adulto, ¿por qué habría de pensarse lo mismo del adolescente?

¿Acaso no tenía casi el mismo tamaño que el adulto, el mismo tono de voz, la misma fuerza física? Así, Bakan (1971) ha sugerido con acierto que “la invención o descubrimiento de la adolescencia en América fue, en gran medida, una respuesta a los cambios sociales que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX y los comienzos del XX, y que el principal objetivo consistió en prolongar los años de la infancia. La adolescencia se añadió a la infancia como una segunda infancia con el fin de realizar los fines de la nueva sociedad urbana e industrial...”.

Este autor basa su interesante argumentación en tres factores que, sin lugar a dudas, influyeron decisivamente en la configuración social que hoy día posee este período del desarrollo humano que denominamos adolescencia. A saber: las transformaciones en el mercado de trabajo debido a los avances tecnológicos, la ampliación de los límites de edad para la educación obligatoria y las medidas políticas y judiciales encaminadas a controlar la delincuencia en general y la juvenil en particular. Así, el razonamiento de Bakan (1971) vendría a ser el siguiente. A medida que en Norteamérica se produjeron, por un lado, avances tecnológicos, por otro la abolición de la esclavitud y la llegada masiva de inmigrantes, la mano de obra infantil y juvenil resultaba innecesaria. De esta manera, la ampliación de la educación obligatoria hasta los 16 años, aproximadamente, resultaba una necesidad, ya que era el único medio para asegurarse la adecuada socialización de las nuevas generaciones que estaban sufriendo cambios sociales acelerados, como eran el tránsito de la vida rural a la urbana e incluso el cambio total de referentes culturales, en el caso de los inmigrantes. En consecuencia, todas estas transformaciones supusieron también la aparición de las primeras medidas destinadas a conceder un trato especial a los adolescentes que realizaban acciones consideradas como infracciones a las leyes vigentes, especialmente contra la propiedad. Es obvio que a la creación de estas pioneras instituciones que se ocupaban de los delincuentes juveniles subyacía una concepción de este período del desarrollo humano que lo convertía en algo distinto a la vida adulta. Surgían así las ideas que actualmente imperan del adolescente como individuo todavía en formación, al que no pueden exigírsele las mismas responsabilidades que a un adulto².

Es en este contexto, como se ha mencionado anteriormente, cuando surgen los trabajos de Hall (1904), que pretendían nada más y nada menos que la constitución del estudio de la adolescencia como un campo de estudio específico dentro de la psicología a partir de sus posiciones teóricas propias que resumiremos a continuación. Antes de nada parece ineludible señalar que existen varias razones para dedicarle un cierto espacio a la obra de Hal (1904), a pesar de que actualmente su obra posea una vigencia muy escasa.³ Hall fue no sólo el autor del primer compendio sobre la adolescencia, sino que también produjo una teoría específica sobre esta etapa del desarrollo que si bien hoy día se encuentra totalmente desfasada, contenía algunos elementos que han perdurado durante años en nuestra disciplina y siguen perdurando en las ideas ordinarias sobre la adolescencia. Por otra parte, las posiciones de Hall, como veremos a continuación, poseían algunos puntos en común con la teoría freudiana sobre la adolescencia, que, aunque tampoco hoy día posee demasiada vigencia, sigue siendo un punto de referencia obligado en este ámbito.

Hall era un convencido partidario de las posiciones evolucionistas y sus ideas al respecto se encontraban a caballo entre el darwinismo y el lamarckismo. Por tanto, creía en la herencia de los caracteres adquiridos y que estos podían influir en la evolución. En este sentido, Hall consideraba que la ley de la recapitulación de Haeckel era aplicable por completo al desarrollo psicológico. Como es sabido, Haeckel mantenía que el desarrollo del embrión humano repetía la evolución filogenética de los embriones. De ahí que Hall pensara que la ontogénesis recapitulaba la filogénesis, es decir, que el desarrollo psicológico del ser humano, desde la infancia hasta la

² Es importante señalar que en la puesta en marcha de medidas especiales a favor de la adolescencia no sólo influyeron las transformaciones socioeconómicas anteriormente comentadas, sino también las consideraciones humanitarias que han solido acompañar al avance de la Historia, aun cuándo esas consideraciones se formularan como un apoyo al orden establecido. Por ejemplo, en nuestro país un significado jurista justificaba así la creación de los Tribunales de Menores: “Si dejamos abandonados, sin cuidarnos de ellos, a esos miles de niños en peligro moral y delincuentes, si no dedicamos a la obra de su redención nuestra actividad y nuestro dinero, en un porvenir más o menos lejano, cuando su potencia criminal haya alcanzado un desarrollo adecuado, pondrán en peligro nuestra vida y nuestros bienes... además en concepto de contribuyentes, tendremos que pagar los honorarios de justicia y carcelarios, los que implican la persecución y castigo de los criminales... El céntimo dado para educar al menor delincuente, ahorra sumas considerables en el porvenir ...” (Cuello Calon, 1907, pp. 8-9).

³ Por ejemplo, McCullers (1969) afirmaba: “ con más de 400 publicaciones a sus espaldas y una impresionante lista de alumnos que incluye psicólogos tan inminentes como J. Mc. Cattell, J.Jastrow, E.C. Janford, H. H. Goddard, L. Terman, A. Gesell y J. Deney, es difícil entender cómo la influencia de Hall en la psicología y la educación ha desaparecido en menos de 50 años desde su muerte en 1924.

adolescencia, repetía *mutatis mutandis* el proceso evolutivo de la especie. Así, el individuo, al ir pasando por las diferentes etapas, desde la infancia a la adolescencia, iba recorriendo las fases de estado animal, de menos a más evolucionado, antropeide, salvaje y civilizado. Por ejemplo, los primeros juegos motrices entre los niños pequeños serían una reminiscencia de las agresiones entre los animales y las actividades cooperativas serían, a su vez, una reminiscencia del paso a la vida tribal o en común. Desde este punto de vista, la adolescencia era una absolutamente crítica en el desarrollo porque suponía la entrada en el estado civilizado, es decir, al llegar a ella se culminaba la recapitulación de la que hemos hablado⁴. Pero esta culminación no se producía sin más, sino que el sujeto adolescente sufría un proceso donde las tensiones y conflictos afloraban por doquier, justamente por encontrarse a caballo entre dos estados psicológicos muy diferentes, el correspondiente al salvajismo y, el correspondiente al mundo civilizado. Así pues, el segundo nacimiento que suponía la adolescencia –extremo en el que Hall coincidía con Rousseau– no era en absoluto un nacimiento sin violencia, sino todo lo contrario. Por esta razón, la influencia del *Sturm und Drang* de los románticos alemanes venía como anillo al dedo. En definitiva, el adolescente era el sujeto paciente de una transición cuyos conflictos le llevarían, muy a menudo, a manifestar rebelión o enfrentamientos tanto con los demás como consigo mismo (*storm and stress*)⁵. Por otro lado, curiosamente, Hall mantenía que la adolescencia era la etapa más decisiva del desarrollo humano, puesto que en ella podían producirse un mayor número de transformaciones que en las etapas anteriores debido a que se culminaba la transición antes mencionada⁶.

Probablemente, esta era la diferencia más notoria con la posición de Freud sobre la adolescencia. Como es sabido, el psicoanálisis freudiano ha mantenido que los primeros años de vida influyen decisivamente en las etapas posteriores. Por lo demás, Freud y Hall compartieron tanto la Influencia del evolucionismo y el determinismo biológico como las posiciones maduracionistas (véase el capítulo 3 del primer volumen para una caracterización general de la teoría freudiana). No obstante, quizás la coincidencia de mayor relieve entre ambos autores reside en la consideración de la adolescencia como etapa de *storm y stress*. En el caso del psicoanálisis, las razones para la angustia y la rebelión eran obvias. El individuo en la adolescencia llega a una etapa de sexualidad genital en la que los impulsos procedentes de la libido cobran un carácter de satisfacción urgente que, debido a los cambios fisiológicos antes comentados, pueden dar lugar, por primera vez en su vida a relaciones sexuales completas. Por otro lado, se reavivan los conflictos que se habían ido generando en la etapa fálica y que se encontraban un tanto adormecidos en la etapa de latencia. Así, el conocido complejo de Edipo vuelve a ejercer una notable influencia en el comportamiento del adolescente, porque el deseo hacia el progenitor del sexo opuesto es de orden genital y las relaciones conflictivas hacia el padre o la madre empeoran por ese motivo. De esta manera, el adolescente se ve obligado a controlar sus impulsos sexuales mediante el control interno y además debe soportar el control externo que le impone la sociedad. Como ha señalado Gallatin (1980), es interesante observar cómo las teorías de Freud y Hall coincidieron en su afán recapitulacionista. En un caso, el adolescente recapitula los cambios en la evolución de la sociedad y, en el otro, revive un conflicto que data de la infancia. No obstante, conviene no olvidar que las posiciones freudianas sobre la adolescencia han sido completadas en gran medida gracias a la aportación de Anna Freud (1936 y 1958). La hija del pensador de Viena, sin disentir esencialmente de la contribución de su padre al respecto, contribuyó decisivamente a analizar los intensos conflictos de los adolescentes y descubrió con sagacidad los mecanismos de defensa que suelen utilizar para superarlos.

⁴ De hecho, Hall (1904) distinguía cuatro períodos en el desarrollo: infancia, niñez, juventud y adolescencia. En el primero de ellos, desde el nacimiento hasta los 4 años, predominan las actividades sensoriales y se recapitula la etapa animal de la evolución del hombre. La niñez, entre los 4 y los 8 años, en la que aparecen los juegos de construcción y de interacción social, es un período en el que se recapitula la época en que el hombre vivía de la caza y la pesca. Por su parte, la juventud, entre los 8 y los 12 años, sería equivalente a lo que los autores de la época consideraban la “época del salvajismo”. Por último, la adolescencia se extendería desde los 12-13 años hasta los 22-25 años aproximadamente.

⁵ Puede que no esté de más comentar que la figura del adolescente rebelde y turbulento sigue viva en la cultura de nuestro tiempo. Así, es frecuente encontrarla en los ámbitos más diversos. Por poner sólo un par de ejemplos, podemos citar a Octavio Paz (1959), que comparaba la búsqueda de la identidad adolescente con la lucha por la identidad de los pueblos, y a Cornford (1972), que utiliza el mismo símil para describir la evolución de la filosofía griega.

⁶ La teoría de Hall (1904) contenía algunos otros elementos de interés como era una concepción maduracionista del desarrollo que estaría presente en la obra de Gesell y, en cierto modo, en Piaget. Es decir, el sujeto a lo largo de su evolución debería pasar por una serie de etapas que se encuentran determinadas biológicamente y son universales. Por tanto, la modificación o supresión de determinados comportamientos representativos de dichas etapas es algo de alcance muy limitado y, a menudo, inconveniente.

Por ejemplo, es de particular interés el análisis de los procesos de intelectualización y sublimación mediante los cuales el adolescente comienza a desarrollar aficiones por los temas abstractos y gustos un tanto ascéticos con el fin, a menudo no consciente, de evitar los conflictos que le presentan sus impulsos sexuales. Así, el adolescente hace uso de la capacidad de pensamiento teórico que ha comenzado a adquirir a partir de la pubertad (véase el capítulo siguiente) para debatir temas de carácter moral, religioso o filosófico que le irán sirviendo de apoyo o instrumento de racionalización e interiorización de sus problemas.

Por otro lado, Anna Freud (1958) introduce una cierta novedad en la posición psicoanalítica al considerar que, debido a los procesos mencionados, la adolescencia es una etapa en la que la estructura del carácter puede llegar a tener cambios de gran importancia, según se resuelvan las tensiones entre los tres mecanismos clásicos. A saber:

- a) Los considerables impulsos del ello, favorecidos y estimulados muy especialmente por los cambios fisiológicos y hormonales que se producen en la adolescencia,
- b) La resistencia del yo ante estas fuerzas instintivas, que están en relación directa con el grado de desarrollo que el superyo haya alcanzado en la etapa de latencia.
- c) La propia fuerza del yo a través de los mecanismos de defensa característicos de esta etapa, como son la intelectualización y la sublimación, y de otros que han aparecido anteriormente, como la represión, la identificación y la proyección.

La intensidad de los conflictos entre estas tres instancias es tan fuerte que no es extraño que el psicoanálisis conciba a la adolescencia como una etapa en la que existe una buena dosis de proclividad hacia los fenómenos, psicopatológicos. De hecho, no sólo se considera que durante la adolescencia es más probable que el sujeto tenga graves trastornos en el funcionamiento general de su vida psíquica –extremo éste en el que también se da una coincidencia con Hall (1904)–, sino también, y sobre todo, que las reacciones de la mayoría de los adolescentes son una especie de prototipos de las perturbaciones que se encuentran en la vida adulta, debido a la cantidad e intensidad de los conflictos que el joven sujeto debe soportar. Algunos casos concretos de posibles trastornos, por ejemplo, son los derivados de los sentimientos de culpa que puede producir la iniciación en las actividades sexuales y la inversión del objeto sexual como resultado de los procesos de identificación con los compañeros más íntimos o con figuras alternativas al progenitor del mismo sexo. Por otro lado, Anna Freud (1969) considera que la mayoría de estas perturbaciones sufren una “curación espontánea” una vez pasada la adolescencia, ya que son, simplemente, una fase evolutiva por la que el sujeto inevitablemente tiene que pasar.

Ni que decir tiene que las concepciones psicoanalíticas sobre la adolescencia no pueden reducirse a las ideas freudianas. Es bien sabido que el psicoanálisis del yo mantendrá posiciones más flexibles en las que el control que puede ejercerse sobre el ello y el superyo adquiere un mayor protagonismo. Entre las aportaciones post-freudianas merece destacarse la de Blos (1962 y 1967). Este autor insiste en cuatro aspectos fundamentales. A saber: a) la adolescencia es un período en que se produce un segundo proceso de individualización, similar al que tiene lugar al final del tercer año de vida. Es decir, el adolescente comienza a establecer una vida afectiva independiente de su familia y busca un objeto amoroso al margen de lo que ha sido hasta entonces el marco de sus relaciones afectivas. b) Se producen comportamientos regresivos como son la idealización de determinados modelos alternativos a las figuras materna y paterna y la aceptación acrítica de las ideas de los grupos y pandillas. c) Tiene lugar un resurgir de la ambivalencia en el marco de las relaciones sociales y afectivas; así, el adolescente lucha por obtener mayor independencia, pero, en realidad, es muy dependiente de sus amigos y su familia, y d) La desvinculación por parte del adolescente de sus objetos afectivos habituales le produce una sensación de pérdida, próxima al duelo, que este autor denomina “hambre de objeto y afecto”, la cual, a su vez, le inclina a buscar relaciones y experiencias sustitutorias.

Entre los autores psicoanalistas heterodoxos, Erikson ocupa un lugar de singular importancia. Resulta de particular interés su concepto de *identidad* que el sujeto debe adquirir durante la adolescencia y que tendrá enormes repercusiones en su vida adulta. En este sentido, las aportaciones de Erikson (1959), han generado un buen número de trabajos empíricos (para una revisión, véase Marcia, 1980), que pueden verse en los capítulos 3 y 6 de este mismo volumen. Volviendo a la concepción ortodoxa, es bien sabido que las investigaciones procedentes de la antropología cultural (por ejemplo de M. Mead, Malinowski y otros) asestaron un fuerte golpe a la supuesta universalidad de la adolescencia como un período de *storm* y *stress*. Como es sabido, la observación y estudio del comportamiento de los adolescentes de sociedades distintas a la occidental mostraron con claridad que en esas culturas, cuyas pautas de socialización y estructura familiar eran diferentes a las

occidentales, la adolescencia no consistía en un período de enfrentamiento generacional ni de angustia y rebelión por parte de los sujetos de esas edades. Sin embargo, no por ello las concepciones psicoanalíticas y similares se vieron excesivamente debilitadas. La razón era obvia. Al fin y al cabo, los datos de la antropología cultural procedían de otras sociedades. Parecía posible mantener las ideas mencionadas aunque sólo fuera para el caso de los países avanzados. De hecho, es interesante observar cómo la Escuela de Ginebra, en sus formulaciones más definitivas y globales sobre la adolescencia (Inhelder y Piaget, 1955, cap. 18) da también por buena la concepción de la adolescencia como un período tumultuoso en el terreno afectivo, aunque su aportación específica se sitúe en el ámbito del desarrollo intelectual. Así, en la conceptualización piagetiana del egocentrismo adolescente, que se verá con más detalle en el apartado siguiente, se pueden encontrar claros puntos de contacto con las ideas psicoanalíticas. Uno de ellos es el excesivo poder que los adolescentes creen que pueden tener sus ideas y, teorías como elementos modificadores de la realidad social, llegando a menudo a creencias irrealistas y megalómanas. Con todo, la coincidencia de mayor envergadura entre las teorías psicoanalítica ortodoxa y la piagetiana reside en que ambas están a favor de la discontinuidad en el desarrollo del adolescente. Es decir, el sujeto, al pasar de niño a joven, cambia no sólo cuantitativa sino cualitativamente. En otro lugar de esta obra (véase el capítulo 11 del primer volumen) hemos abordado las razones a favor y en contra de una concepción discontinua del desarrollo humano. En los dos capítulos que siguen se podrá encontrar un análisis pormenorizado de esta cuestión tanto en el ámbito cognitivo como social y de la personalidad a la luz de las investigaciones actuales. En este sentido, y en términos generales, puede decirse que si bien la adolescencia se diferencia de otros períodos de la infancia en que existe un crecimiento físico más rápido y, por ende, más notorio, no parece que ocurra lo mismo con los aspectos psicológicos. Es decir, sin que pueda desecharse totalmente la hipótesis de la discontinuidad, existe una mayor continuidad de la que la Escuela de Ginebra y el psicoanálisis habían sospechado.

Pero, si esto es así, ¿qué ocurre con la angustia, la rebelión y los trastornos típicos de la adolescencia? En el capítulo 3 podrá verse con mayor detalle, pero, por el momento, basta decir que en los años sesenta se publicaron una serie de investigaciones que iniciaron el declive de la concepción de la adolescencia como una etapa tumultuosa. En una interesante publicación, Coleman (1979) resume así las conclusiones de este tipo de trabajos:

- a) *Storm y Stress*: Desde el primer estudio sobre el tema (Westley y Elkin, 1957) hasta los más recientes (Rutter *et al.*, 1976) nada parece indicar que los adolescentes tengan más crisis personales o perturbaciones que los sujetos de 10 años o los adultos. Cuando éstas se presentan parecen tener claros antecedentes en etapas anteriores o estar producidas por agentes externos al desarrollo psíquico del individuo.
- b) *Conflictos generacionales*: Tanto las investigaciones de Douvan y Adelson (1966), como las de Bandura (1964) y Offer y Offer (1975) ponen de manifiesto que una buena cantidad de adolescentes no muestran opiniones muy discrepante de las de sus padres en materia política, religiosa o de costumbres en general. Por otro lado, los adolescentes, a la edad de 13-15 años, no parecen sufrir demasiados conflictos internos para conseguir su autonomía frente a los padres.
- c) *Crisis de identidad*: Si bien es verdad que el adolescente tiene una serie de problemas en relación con su autoimagen, no parece que en este período de la vida humana se produzca una crisis de identidad con mayor facilidad y frecuencia que en otros. Como han señalado Dusek y Flaherty (1981), a partir de un amplio trabajo longitudinal, no parece que la mayoría de los adolescentes experimenten discontinuidades de importancia en la evolución de su autoconcepto (para mayor abundamiento en estos tres últimos puntos, puede consultarse el capítulo de A. Fierro donde se presentan este tipo de trabajos con mayor detalle).

¿Qué queda, entonces, de las concepciones de la adolescencia como una etapa de trastornos y turbulencias? Al parecer, no mucho, si nos atenemos a los datos empíricos disponibles. Ahora bien, no puede negarse que tales concepciones concuerdan con las ideas habituales que pueden encontrarse no sólo en lo que podríamos llamar la gente de la calle, sino en una serie de profesionales que, por una u otra razón, se relacionan a menudo con adolescentes. Así, entre médicos, profesores y asistentes sociales, por ejemplo, es muy frecuente encontrar una concepción del adolescente que más bien se corresponde con la de *storm y stress* y la discontinuidad. Evidentemente, el predominio de estas creencias no constituye un argumento de peso a favor de las teorías clásicas sobre la adolescencia, ya que aquellas pueden deberse a razones tan diversas como son la

frecuencia con que en la opinión pública se ven difundidas tales creencias, así como la influencia de los conocidos sesgos de disponibilidad y accesibilidad en el manejo de la información (Tversky y Kahneman, 1974). Así, si un profesor o una asistente social han tenido algunas experiencias en el trato de adolescentes muy problemáticos, pueden tender a generalizar esa opinión a gran parte de los individuos de estas edades. Ahora bien, no es menos cierto que la investigación empírica que se ha desarrollado hasta la fecha es criticable desde algunos puntos de vista. Por un lado, son muy escasos los trabajos longitudinales, ya que la mayoría se han realizado con un diseño transversal (véase el capítulo 13 del primer volumen). Por otro lado, la mayoría de los datos obtenidos en este ámbito proceden de sujetos de clase media acomodada. Incluso hay quien ha venido a preguntarse si con los instrumentos habituales, como son las encuestas y las entrevistas con un experimentador extraño al adolescente, es posible que éste nos confíe toda su problemática interna (Coleman, 1979 y 1980). Por todas esas razones, la propuesta del propio Coleman (1979 y 1980) posee un cierto interés. Este autor viene a mantener, bajo el nombre de teoría “focal”, que, probablemente, la adolescencia es una edad de crisis, pero sin que ésta llegue a ser lo que los autores clásicos pensaban, ya que los diferentes problemas o conflictos que debe resolver el adolescente no se presentarían todos al mismo tiempo sino secuencialmente. Es decir, primero podrían surgir, por ejemplo, los problemas con la imagen corporal, un poco más tarde la búsqueda de la identidad y posteriormente el conflicto generacional. Por supuesto, esta secuencia podría variar de un grupo social a otro e incluso de un sujeto a otro. A nuestro juicio, la posición de Coleman tiene la ventaja no sólo de explicar cómo es posible que la mayoría de los adolescentes logren resolver tantos conflictos, sino también el hecho de que los educadores y otros profesionales consideren la adolescencia una etapa turbulenta. En realidad, lo que estarían haciendo es formando un estereotipo con todos los problemas que observan en adolescentes de distintas edades pero que no se les presentan al mismo tiempo.

4. Las relaciones entre los aspectos afectivos y cognitivos del desarrollo del adolescente

Una de las muestras más claras de la necesidad de una teoría integradora y coherente sobre el desarrollo de los adolescentes es, probablemente, la escasa relación que se ha establecido entre los aspectos cognitivos y afectivos en estas edades. De hecho, como se ha mencionado anteriormente, las posiciones psicoanalíticas sobre la adolescencia nacieron estrechamente vinculadas a la problemática psicosexual, y en cierto modo psicopatológica, característica de esta orientación y, por su lado, las concepciones piagetianas suelen ser tildadas de ocuparse exclusivamente de los aspectos más “fríos” del desarrollo, es decir, del puro razonar lógico. Sin embargo, ésta no parece ser toda la verdad del asunto y ambas teorías contienen elementos que les afectan mutuamente y que podrían complementarse, como han señalado ya varios autores (por ejemplo, Elkind, 1970; White y Speisman, 1977). Sin embargo, es bien cierto que no han abundado en absoluto los intentos de desarrollar los instrumentos teóricos, ni los experimentos consiguientes, que pudieran construir ese puente tan necesario para lograr una visión más integradora del adolescente.

En esta ocasión, vamos a insistir en uno de los pocos conceptos que han recibido una cierta atención, durante los últimos años, por parte de los investigadores en este área. Nos referimos a la noción de *egocentrismo*. Como es sabido, la teoría piagetiana no sólo utiliza este concepto al ocuparse de la adolescencia, sino que es una constante en la obra de la Escuela de Ginebra (véase a este respecto los capítulos 1 y 6 del segundo volumen de esta obra, sobre los estadios sensoriomotor y preoperatorio respectivamente, especialmente este último, para una discusión crítica del concepto de egocentrismo). En términos generales, Piaget concebía el egocentrismo como una confusión o falta de diferenciación entre los aspectos internos del pensamiento y los elementos externos de la realidad que rodea al sujeto. La causa general del egocentrismo sería el desequilibrio cognitivo que acompaña a las fases de preparación de cada estadio del desarrollo intelectual. Así, del mismo modo que hay un egocentrismo sensoriomotor, existe otro del estadio preoperatorio y, en consecuencia, otro más correspondiente al período de las operaciones concretas, así como el característico del estadio de las operaciones formales, es decir de la adolescencia (en el cuadro 1 puede verse un resumen de la evolución del egocentrismo).

CUADRO 1. Evolución del egocentrismo intelectual

<i>Estadio Sensoriomotor</i>	<i>Estadio Preoperatorio</i>	<i>Estadio Operacional Concreto</i>	<i>Estadio Operacional Formal</i>
Indiferenciación entre el yo y el no-yo	Dificultades para adaptar las habilidades comunicativas al tipo de interlocutor	Confusión entre las hipótesis y los hechos. Insensibilidad ante contradicciones ciertas.	Confianza excesiva en el poder de las ideas. Audiencia imaginaria. Fábula personal.

¿Qué quiere decir la Escuela de Ginebra cuando mantiene que en los comienzos de la adolescencia el sujeto es egocéntrico? Quizás convenga insistir en que, como puede verse en el cuadro 1, se está hablando de un *egocentrismo intelectual*, es decir, de una cierta incapacidad para ponerse en el punto de vista del interlocutor. Es decir, no se están mencionando específicamente aspectos de la personalidad del sujeto, que es en lo que se suele pensar, de manera intuitiva, al oír términos como éste. Sin embargo, a menudo se olvida que Inhelder y Piaget (1955) mantenían que este egocentrismo intelectual o cognitivo suponía una base firme y segura para un egocentrismo en el área de las relaciones interpersonales. En realidad, esta sugerente e hipotética relación entre dos comportamientos pertenecientes a ámbitos distintos no es algo aislado en la teoría de la Escuela de Ginebra.

Aunque no suele ser muy conocida, Piaget (1954) ha mantenido una interesante posición con respecto a las relaciones entre los aspectos cognitivos y afectivos en el sentido de que los primeros serían la máquina o estructura del comportamiento, mientras que los segundos serían la energía correspondiente. Así, esta es la línea de argumentación seguida por Elkind (1967a y b y 1970) al tratar de encontrar aspectos egocéntricos del comportamiento del adolescente que posean una relación directa con el egocentrismo intelectual característico del estadio de las operaciones formales.

Ahora bien, ¿en qué consiste realmente este último? Inhelder y Piaget (1955) lo describen con bastante precisión en el último capítulo de su denso volumen. Antes de nada es necesario precisar que los avances que se producen durante la adolescencia en el ámbito del desarrollo cognitivo son de una gran envergadura y suponen, entre otras cosas, la capacidad de razonar deductiva e inductivamente, comprobar hipótesis y formular teorías (para mayor detalle véase el capítulo siguiente sobre las operaciones formales). Es decir, el comienzo de la adolescencia supone la utilización de un pensamiento abstracto a partir del cual el individuo, empieza a reflexionar sobre sí mismo y a elaborar sus propias teorías y sistemas de creencias, tanto en el terreno personal como en el ámbito religioso y sociopolítico (Adelson, Green y O'Neil, 1969). Pero esta misma capacidad que permite al adolescente concebir distintas alternativas posibles al mundo que le rodea, le lleva a una posición egocéntrica que “se pone de manifiesto por la presencia de una especie de mesianismo de una naturaleza tal que las teorías mediante las cuales se representa el mundo se centran en la actividad reformadora que se siente llamado a desempeñar en el futuro” (Inhelder y Piaget, 1955, p. 288 de la trad. cast.).

Así, el egocentrismo de la adolescencia se configuraría, por un lado, como una incapacidad para concebir con realismo las posibilidades de aplicación de las teorías que se conciben y, por otro, como un exceso de confianza en el poder de las ideas como elementos de transformación de la realidad. Obviamente, todo ello produce en el adolescente una cierta incapacidad para entender y admitir las posiciones contrarias a las suyas, ya sean de sus compañeros o de los adultos. ¿Cómo se supera este estado de cosas? Según Inhelder y Piaget (1955), mediante la influencia complementaria de dos factores. Por un lado, la creciente inserción en la sociedad, que proporciona al adolescente una diversidad de perspectivas que le obliga a reconsiderar las suyas y a descentrarse, y, por otro lado, el avance en su desarrollo cognitivo, que le supone disponer de unos mejores instrumentos intelectuales para buscar una coordinación más adecuada entre las teorías y los hechos (véase el capítulo siguiente sobre las operaciones formales, en especial el apartado 3.2 sobre las etapas de este estadio). Como puede verse, de esta posición se deriva la idea de que el egocentrismo del adolescente no se supera sin más a medida que avanza la edad del sujeto, sino que va remitiendo en relación directa con las oportunidades de interacción social y desarrollo cognitivo que va teniendo el adolescente⁷.

Por su parte, Elkind (1967a y b y 1970), basándose en estas posiciones, ha formulado otros aspectos del egocentrismo del adolescente que tratan de acortar distancias entre los aspectos cognitivos y afectivos del comportamiento. Según este autor, las capacidades intelectuales que hemos mencionado le permiten al

⁷ A este respecto es preciso recordar que las mismas operaciones formales tampoco son concebidas por la Escuela de Ginebra como adquisiciones que dependan sin más de la maduración del sujeto, sino como producto de la interacción entre los aspectos internos y externos del desarrollo (véase el capítulo siguiente).

adolescente concebir distintas perspectivas posibles ante una situación, pero su egocentrismo le impedirá disociarlas claramente puesto que atribuirá a la suya propia una importancia desmedida. De ahí que se produzca la situación, un tanto paradójica, de que en la dinámica de la interacción personal el adolescente se encuentre demasiado preocupado –incluso un tanto obsesionado– por lo que los demás piensen de él. Esto es lo que se ha denominado la reacción o actuación ante la audiencia imaginaria. Según Elkind, la construcción y la utilización en exceso de esta audiencia imaginaria cumple un papel determinante en la adolescencia temprana y constituye un aspecto esencial del egocentrismo en estas edades, en el sentido de que el adolescente puede llegar a realizar determinadas acciones, de marcado carácter exhibicionista y contestatario, con las miras Puestas en lo que cree que los demás van a pensar sobre él. A este respecto, Elkind (1967b) llega a mantener que probablemente en los delinquentes juveniles de clase media se produce un marcado egocentrismo que les hace actuar continuamente ante su audiencia imaginaria. Por otro lado, el egocentrismo adolescente posee también otro componente de importancia que se refiere a lo que Elkind denomina la fábula personal. Con esta denominación se pretende recoger la tendencia de los adolescentes a considerar sus experiencias, positivas y negativas, como únicas y, en cierto sentido, incomprensibles o incommunicables para otras personas. De ahí esa tendencia de los adolescentes a sentirse incomprendidos y a pensar que les ocurren avatares enormemente especiales. En este sentido, tanto Elkind (1967a) como Piaget (Inhelder y Piaget, 1955) mencionan algunos análisis de los conocidos diarios de los adolescentes, en los que puede verse cómo a través del relato de sus experiencias expresan los aspectos que acabamos de comentar, es decir, parece que el adolescente se está contando a sí mismo, y a los demás, una historia o fábula en la que sólo él mismo cree. Conviene insistir en que todo lo referente a la audiencia imaginaria y a la fábula personal son elementos del egocentrismo característico de la adolescencia temprana.

Por tanto, se hipotetiza su aparición a los 11-12 años y su desaparición a los 14-15, una vez que el sujeto ha logrado una mayor adaptación social gracias tanto a los avances cognitivos como a los del terreno socioafectivo propiamente dicho.

Acabamos de hablar de la evolución del egocentrismo en términos hipotéticos porque todo lo que llevamos dicho en este apartado constituye, en nuestra opinión, un conjunto de elementos teóricos de evidente interés. Ahora bien, ¿en qué medida se adecuan a la realidad de los adolescentes de nuestros días? ¿Cuál es su grado de concordancia con los datos empíricos? Desgraciadamente, es poco lo que podemos decir si exceptuamos las investigaciones recientes del propio Elkind (Elkind y Bowen, 1979), de Gray y Hudson (1984) y de Adams y Jones (1981) con resultados un tanto discrepantes. En ambos casos se trató de comprobar la hipotética relación entre los aspectos cognitivos y afectivos en la adolescencia y más concretamente la concepción de que en los albores de la adquisición del pensamiento formal se produciría un auge del egocentrismo adolescente, sobre todo en lo que se refiere a la importancia de la audiencia imaginaria. Si bien Elkind y Bowen (1979) encontraron que la importancia de la audiencia imaginaria era bastante más amplia para los sujetos de 14 años que para los de 10, 12 y 18 años, sin embargo, sus conclusiones resultaban un tanto criticables porque no habían evaluado el grado de desarrollo cognitivo de los sujetos. Como es bien sabido, la edad sólo es un índice muy aproximado del nivel del pensamiento formal de los sujetos, como podrá verse en el capítulo que sigue. Por esta razón, el trabajo de Gray y Hudson (1984) se planteó como una replicación del de Elkind y Bowen (1979). Estos autores encontraron unos resultados que confirman sólo parcialmente las hipótesis que se derivaban de los planteamientos de Elkind y Piaget anteriormente comentados. El punto de más clara discordancia se refiere a que los sujetos adolescentes que mostraban poseer un pensamiento operacional concreto obtenían puntuaciones altas en las escalas de egocentrismo. Probablemente, estas inconsistencias en un área de investigación que apenas ha comenzado se debe a los instrumentos utilizados –pruebas de lápiz y papel– que incluso Gray y Hudson (1984) critican. Por último, otra línea reciente de claro interés es la desarrollada por Marcia y otros autores a partir de las posibles relaciones entre la teoría de Piaget y la de Erikson (véase el capítulo 3). La hipótesis central de este tipo de trabajos es que la adquisición de las operaciones formales es una condición necesaria pero no suficiente para lograr un adecuado desarrollo de la identidad personal. Como puede verse, al igual que ha ocurrido en el ámbito del desarrollo moral (véase el capítulo 3 de este volumen y el capítulo 12 del segundo volumen), se postula que son necesarios, pero no suficientes, determinados requisitos cognitivos para conseguir ciertos logros en el ámbito socioafectivo. En realidad, se trata de una posición casi idéntica a la formulación actual de las relaciones entre cognición y afecto (véase por ejemplo Pervin, 1984). Si bien, por el momento, no disponemos de muchos datos al respecto, (Wagner, 1976; Cauble, 1976 y Rowe y Marcia, 1980) todo parece indicar que la relación mencionada entre el desarrollo cognitivo y la adquisición de identidad personal, cuenta ya con cierto apoyo empírico.

5. Conclusiones

En este capítulo hemos pretendido ofrecer una panorámica general de la adolescencia como etapa específica del desarrollo que sirviera de introducción a los dos capítulos que siguen sobre el desarrollo cognitivo, y social de la personalidad, respectivamente. Algunas de las conclusiones en las que es preciso insistir son las siguientes:

1. Conviene no olvidar la distinción entre pubertad y adolescencia. La primera se refiere a una serie de cambios físicos que producen en el individuo la consecución de la plena capacidad sexual y reproductora. Por el contrario, la adolescencia consiste en un proceso de cambios físicos y psicológicos que siguen a la pubertad y que se prolonga hasta los 17-18 años aproximadamente. La adolescencia es, por tanto, una etapa de carácter fronterizo entre la infancia y la vida adulta.
2. Los cambios físicos que se producen durante la adolescencia son bastante rápidos e intensos y afectan al tamaño general del cuerpo, excepto al cerebro, cuyo crecimiento más importante ha tenido lugar en los primeros 5 años de vida. Todas estas transformaciones físicas suponen una clara diferenciación entre chicos y chicas y producen en ellos una clara toma de conciencia e interés por su aspecto físico que redundará en sus relaciones sociales. Por otro lado, no hay que olvidar que los límites de edad de tales cambios son muy variables entre unos individuos y otros. No obstante, en términos generales puede decirse que en los países occidentales desarrollados, en los últimos doscientos años, se ha producido un adelanto o aceleración de dos años, aproximadamente, en la aparición de la pubertad.
3. La adolescencia es, en cierta medida, una construcción social derivada del desarrollo de las sociedades modernas e industrializadas. En épocas pasadas no puede decirse que existiera una etapa similar a la adolescencia. Su aparición como objeto de estudio se debe, probablemente, a la necesidad social de establecer un período intermedio entre la maduración física completa del individuo y su incorporación al trabajo.
4. Las teorías clásicas sobre la adolescencia han sido de S. Hall y de Freud y otros autores psicoanalistas. Ambas teorías poseen varios extremos en común, como son su afán recapitulacionista y su visión de la adolescencia como un período turbulento y plagado de conflictos y problemas. En el caso de Hall, esto se debía a que el adolescente recapitulaba una etapa de la evolución de la sociedad correspondiente a la transición del estado salvaje al estado civilizado. En el caso de Freud, se veía al adolescente como un sujeto enormemente necesitado de mecanismos de defensa, ya que los cambios físicos de la pubertad otorgaban a la sexualidad un carácter genital y de urgente satisfacción a la vez que se reavivaban los conflictos psicosexuales de etapas anteriores y sobre todo el complejo de Edipo. En consecuencia, se consideraba al adolescente como un individuo en permanente conflicto, incluido lógicamente el generacional, que a lo largo de este período lograba un segundo proceso de individualización y socialización, pero que estaba expuesto a múltiples trastornos y perturbaciones.
5. Como es sabido, ambas teorías, sobre todo la freudiana, estaban basadas en la experiencia clínica y en situaciones relacionadas con la psicopatología. La investigación empírica que se empieza a desarrollar a finales de los años cincuenta muestra que, si bien en la adolescencia se producen ciertas crisis y trastornos, el porcentaje no parece sensiblemente mayor que en etapas anteriores o posteriores. Por tanto, la concepción de la adolescencia como período de *storm* y *stress* comienza a decaer. En este sentido, tiene interés la propuesta de Coleman (1979 y, 1980) que consiste en su teoría "focal" según la cual el adolescente experimenta a lo largo de esos años un buen número de conflictos pero no simultánea, sino sucesivamente.
6. Una de las mayores deficiencias de las teorías, tanto clásicas como actuales, sobre la adolescencia es la falta de un nexo entre los aspectos afectivo y cognitivo. En este sentido hemos examinado el concepto piagetiano del egocentrismo en el adolescente siguiendo las sugerencias de Elkind. Este egocentrismo, que consiste en una falta de diferenciación entre lo interno y lo externo, y que lleva al sujeto de estas edades a posiciones un tanto idealistas y mesiánicas, produce dos fenómenos analizados por Elkind, la audiencia imaginaria y la fábula personal. La incipiente investigación empírica muestra que parece existir una relación entre estos dos aspectos y el desarrollo cognitivo

del sujeto. Por otro lado, también se ha examinado el trabajo de Marcia y otros autores acerca de las relaciones entre el desarrollo de la identidad personal, según la teoría de Erikson, y la adquisición de las operaciones formales. Aunque hasta la fecha se han producido escasas investigaciones en esta línea, parece confirmarse la hipótesis de que las operaciones formales serían una condición necesaria, pero no suficiente, para la adquisición de una plena identidad personal.